

susodichas *Memoires d' une femme de chambre*: que contra un servidor admitido en una casa no hay defensa, no hay escudo, sino la propia moralidad de ese servidor; y si inadvertidamente habéis acogido á un criminal (como el bien retratado *Joseph* de la novela), estáis á merced suya, y la noche menos pensada realizará sus propósitos, se llevará lo que le acomode, hará de vosotros lo que le plazca.

La costumbre de los *informes* responde á esta necesidad de enterarse de los antecedentes del servicio, pero era de una ineficacia pueril. Además, hasta tan leve precaución va cayendo en desuso. Los solicitados para que informen salen del paso con una frase vaga, abstracta, inspirada unas veces en el miedo á comprometerse, otras en la idea profundamente anárquica de «allá ellos, que se las compongan.» Hay quien da informes buenos de un sirviente que sabe que es malo, sólo por «fastidiar» á determinada familia. «Ya lo probarán, que lo prueben, que peleen con él...» Y el género averiado, del sexo masculino ó del femenino (que casi es peor), rueda de familia en familia, de hogar en hogar, transmitiendo sus dobles contagios físicos y psíquicos, picardeando á los demás sirvientes todavía honrados, poniéndoles cátedra y escuela de podredumbre, á favor de la sombra de la ignorancia, que es como la sombra material de la noche, terreno abonado para todas las empresas equivocadas. Esto lo graba admirablemente, con ácidos corrosivos, Mirbeau, cuyo libro debiera meditar, porque encierra un problema social.

Los *informes* nada resuelven. Se refieren únicamente á un limitado período de la *carrera* doméstica: el tiempo que un sirviente permanece en una casa. Y este tiempo va siendo cada día más corto. Los servidores que duran en una casa diez, doce, quince años, hasta veinte—¡yo tengo de estos rarísimos fénicos dos parejas!—van escaseando. Un instinto de inquietud y de merodeo aguijonea á los sirvientes, llevándoles de la Ceca á la Meca en busca de la colocación ideal, donde dan de comer, vestir, dormir, ropa limpia y propinas, médico y botica, además del salario, por no trabajar ni obedecer. Ellos mismos se avergüenzan de este continuo zascandileo, y cuando se les pregunta, sólo citan el nombre de los señores á cuyo lado se detuvieron un poco. Reconozcamos que el servir tiene mucho de penoso, y que, circunstancialmente, puede hasta ser penosísimo. Yo lo comprendo. Sin embargo, de todo oficio, de toda labor, de todo trabajo, en suma, cabe que digamos lo mismo. El obrero vive, en general, mucho peor que el sirviente, y el obrero aprende su oficio durante un plazo de tiempo en que nada gana, mientras que el sirviente tiene por maestro al amo burgués, que le paga porque aprenda. Son excepcionales y hasta fenomenales los sirvientes que entran en su profesión sabiendo lo más rudimentario que la profesión exige. Como que la Asociación de amos que yo fantaseo debería contar entre sus fines el de fundar un colegio ó universidad para sirvientes, donde se hiciesen estudios en toda regla, se expidiesen certificados, y se licenciase y doctorase, pero en serio, á los que después tuviesen asegurado el pan para toda la vida. Un buen servidor, en efecto, un servidor competente y docto, no debe temer la terrible *cebolla* que reduce á la miseria á tanto obrero. Un buen servidor es á cada momento más solicitado, dentro de nuestra civilización complicada y egoísta. Se envidian las doncellas hábiles, las contadas cocineras que saben su obligación, los cocineros *possibles*, los ayudados de cámara expertos, los mozos de comedor *bien stylés*, que no incurren en continuas torpezas, las niñas que tienen asomos de vulgares conocimientos higiénicos y se preocupan de la salud y seguridad del niño... He aquí una de las razones que impiden que sea asimilable el obrero al sirviente. De sirviente á sirviente va mucha mayor diferencia que de obrero á obrero. La labor del obrero tiende á la unificación, la del sirviente á la diferenciación: es una labor de carácter individual.

Los colegios que yo sueño para sirvientes, se sostendrían con las matrículas, aunque éstas fuesen modestas, en relación con el escaso peculio de los alumnos ó colegiales. Y es más: creo que los amos deberían rascarse algo el bolsillo para ayudar al sostenimiento de tales colegios. Sería preferible dedicar mensualmente una pequeña cuota á esta obra pia, que dedicar todos los días muchas horas á rabiar y perder la paciencia ante la absoluta ignorancia de las cosas más sencillas de su oficio, que se observa en el cincuenta por ciento (y me quedo corta) de los servidores. Pasarse la vida enseñando cómo se enciende un fósforo, cómo se hace la limpieza, cómo se dobla una prenda de ropa á fin de que no coja arrugas, cómo se le limpia una mancha, cómo se cuelga, cómo se ponen en agua unas flores, cómo se sirve una mesa, cómo se hace esto, aquello, lo otro, y hasta cómo se habla y en qué tono de voz, es infinitamente más

molesto que abonar una cantidad para que todo esto lo traigan aprendido.

He oído decir que, en otros países, la escuela inculca en general (no en lo particular de cada rama del servicio) todas esas nociones que pueden llamarse *humanas* y cuya deficiencia se nota dolorosamente aquí. Las ideas de higiene son tal vez las que más convendría divulgar entre el servicio; y no por conveniencia de los amos, sino en primer término de los mismos servidores. Puedo citar un caso, ocurrido á una señora que conozco, en demostración de esto que voy diciendo.

La señora vivía en el campo, y por una de sus fachadas la casa caía á una era de labranza, rodeada de un foso donde crecía la hierba. Repetidas veces había advertido la señora á las sirvientas que se abstuviesen de desocupar las aguas de los cubos de los lavabos por la ventana, como lo hacían por evitarse el pequeño trabajo de llevarlos un poco más lejos. No hicieron caso y por la ventana siguieron vaciándolas, á espaldas del ama, naturalmente. Bajo la hierba del foso fué formándose un charquillo, remansado, que ni se veía. Sobre ese charquillo revolaron algunos mosquitos. Y por espacio de tres años, la fiebre tifóidea se apoderó de la casa, escogiendo primero sus víctimas entre el servicio, que ofrecía menos resistencia á la infección, por tener menos hábitos de aseo. Al adoptarse severas medidas para que no se reprodujese el vaciado de aguas por la ventana, la fiebre desapareció. No pudo gritar más alto la naturaleza al hombre: «No se juega conmigo.»

Un pedagogo eminente me decía: «Es más fácil obligar á los niños á que estudien, que lograr que jueguen, con juego sano y físico, algún tiempo.» De los sirvientes puede asegurarse que es más fácil obligarles al trabajo que les exigimos para nosotros, que al que debiéramos exigirles para su propio bienestar. Barrerán nuestra habitación, y no barrerán la suya; limpiarán nuestro calzado, y no concebirán que deban limpiarse cuidadosamente sus propias botas; prepararán diariamente nuestro baño, y no les entrará en la cabeza la conveniencia de coger agua caliente, esponja, jabón, y fregarse todo el cuerpo. ¡Bah! Son fantasías de señores, caprichos de gente desocupada, que se divierte en chapotear en el agua por puro recreo. Hay que prestarse á semejantes antojos, pero no imitarlos. Nada más difícil que persuadir á un sirviente á que tenga orden, cuide su salud, que es su único capital, cosa su ropa, se abrigue, se mude, se acueste temprano y no permanezca de tertulia en la cocina ó en el *office*, entre vahos de comida y aire viciado por la luz artificial y la respiración. Existe en los servidores, como nota Mirbeau perfectamente, un espíritu de imitación de la vida de sus amos, mas no en lo que tiene de racional, sino justamente en sus peores aspectos.

Es evidente que en esta cuestión de la domesticidad se encierra un problema moral, ó si se quiere inmoral... Pero ¿hay algún aspecto de la vida social humana que no lo encierre, que no encierre varios? Yo no veo, por otra parte que, como algunos pretenden, la domesticidad sea la forma actual de la servidumbre antigua. Lo que caracterizaba al siervo era el arraigo, la estabilidad: el siervo tenía su señor, y nacía y moría bajo su mando y ley. Al contrario, al doméstico, por lo menos al doméstico en la época presente, le caracteriza la inestabilidad, el paso incesante de una casa á otra, abuso de una libertad que indudablemente posee, pero que, entendida mal, perjudica en primer lugar al que la disfruta. En la Edad Media hubo una clase de monjes llamados *grovagos* que no paraban en ninguna parte y que acabaron por ser despreciados de todo el mundo, como gente ociosa, inquieta y dañina. ¿Cuántos sirvientes hay que no padezcan de esa enfermedad de la *grovagancia*? Estrenando siempre casas, desflorando únicamente el conocimiento de los medios domésticos, no llega á establecerse nunca entre ellos y los señores ese lazo de cordialidad, esa corriente humanísima de confianza y afecto, que tan pronto se establece entre el perro y el amo, sencillamente porque ninguno de los dos está de mala intención; porque sus almas (permítaseme esta impropia expresión, Descartes creía que los animales son autómatas y Víctor Hugo los calificaba de *sombras*), sus almas, digo, se encuentran impregnadas de algo que es bondad, que es simpatía. El odio, la mala fe, la hostilidad constante, son en bastantes casos la base de esta relación forzosa, íntima y continua del criado y el señor, en un mismo domicilio, calentados por el fuego de un mismo hogar... Y esto es quizás lo más inmoral de la cuestión y lo que hace deseables esos grandes mecanismos, esas cocinas generales para todo un barrio, que existen en Norte América, según se cuenta, y que suprimirán el hogar tradicional y clásico.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hablaban delante de mí, hace pocos días, de que os criados de servir van imitando á los obreros y asociándose, á ejemplo suyo, para los fines de cooperación y resistencia. Yo encuentro bien que cada cual haga, dentro de la ley, todo lo que le convenga ó pueda mejorar su estado y condición. No seré, pues, quien censure el hecho de asociarse, considerándolo perfectamente lícito. Lejos de encontrar malo que los sirvientes se asocien, creo que debieran también constituir legalmente otra asociación los amos; y esta idea no se me ha ocurrido después de leer ningún libro sociológico, sino una obra recreativa, pero amarga y pesimista hasta los tuétanos: las *Memoires d' une femme de chambre*, de Octavio Mirbeau.

Mi idea no llegará á cuajar nunca, porque yo no tengo humor propagandista, y la burguesía (tomo ahora la palabra *burguesía* en el sentido de clase social que emplea gente en servir) parece muy indiferente á los beneficios de la asociación. El día en que se persuadiesen de la enorme fuerza que representa y desarrolla el unirse para un fin (para un fin honrado, naturalmente) quizás se aunasen y se incalculable lo que podrían hacer en todos sentidos: el benéfico, el educativo y también el de saneamiento del hogar, en el cual no debieran admitirse gérmenes de podredumbre. Es cierto que en muchos lugares existen esos gérmenes, dentro de la propia familia; pero eso no es fácil de cortar, ni hay manera de prevenirse contra ello. El padre que tiene la desgracia de que un hijo le salga vicioso, corrompido, malvado, hará más ó menos esfuerzos para corregirle, pero no puede impedir que sea su hijo, carne de su carne; el lazo existe, no se sueña en romperlo, es la viviente realidad. El elemento de corrupción que á veces lleva un sirviente, es en cambio facilísimo de eliminar; pero lo elimináis de vuestra casa, y se agarra á la del vecino; y así, recorriendo etapas, va viciando atmósferas—porque no hay medio de prevenir el contagio, ni se ha discurrido un sistema eficaz de acordonamiento que aisle el mal. Ese acordonamiento lo establecería, en gran parte al menos, la asociación de los amos.

No debería esta asociación tener por objeto ni restricciones caprichosas de salarios, ni exigencias de aumentos de labor. Al contrario, los asociados deberían adoptar, espontáneamente, tipos de remuneración y condiciones de trato en armonía con la equidad. La asociación, entendida así, resultaría moral y benéfica, y de ningún modo se parecería á una institución de guerra y pugna de clases. El fin de saneamiento, la ventaja positiva de los asociados—pero ventaja cuya importancia dejó á la consideración de todo el que tenga mediano criterio—consistiría en que, mediante la asociación, el que recibiese bajo su techo á un sirviente sabría autorizadamente sus antecedentes, su capacidad, y no estaría en el caso (que es el caso en que hoy verdaderamente estamos todos) de abrir la puerta de la calle y dejar entrar al primero que pasa, introduciéndole en la más estrecha intimidad familiar, teniéndole al lado á todas horas, en circunstancias tales, que honra, hacienda y vida se encuentran á su disposición, como lo estaría una fortaleza á la del enemigo que secretamente en ella se colase. He aquí lo dramático que hacen resaltar las